

Kazajstán, un gran país Surge en el mapa

Pedro Vallejo

La visita del presidente Nazarbaev a España el pasado mes de marzo nos ha permitido emplazar un nuevo país en el mapa, del que, aunque cubra un territorio cinco veces superior al de España y sea el noveno en extensión del mundo, teníamos escasa noción. Incluso los kremlinólogos más aguerridos pocas veces se dignaban extender su vista allende el Moscova, donde hasta hace bien poco, es cierto, se dirimía el porvenir de los pueblos que van de Brest a Vladivostok. Si en algún caso aislado intentaron conocer algo más, su libertad de movimientos se encontraba limitada. Por eso, es lógico que, como los escitas o turanos, los países de Asia central estuvieran envueltos por un aura de misterio, del que ahora empiezan a desprenderse aunque sea sólo para caer en informaciones de carácter muy superficial que no permiten recoger más que retazos de una realidad histórica, cultural, política o social mucho más compleja.

Que el país haya entrado en el concierto de naciones por la fuerza de hechos históricos ajenos –la crisis del sistema ideológico e imperial soviético– no es pequeño obstáculo para afianzar un Estado. Si, a renglón seguido, sus recursos, que se dicen incommensurables, atraen a sus puertas a toda una serie de empresarios importantes, aunque también de especuladores y hasta aventureros, que le cortejan sin cesar, ello podría hacer a sus dirigentes perder la cabeza y concebir ideas y esperanzas alejadas de una realidad que, a poco que miren a su alrededor, tienen que afrontar. Afortunadamente, cierta sabiduría oriental, unida a su peculiar sentido de la dimensión temporal, así como espacial, les está permitiendo todavía discernir el grano de la paja. También a nosotros, para no tomar decisiones apresuradas, nos convendría no tomar los “mitos” por realidades.

Una explicación romántica del origen de los kazajos y de su nombre es que deriva de las palabras turcas *kaz* (ganso) y *ak* (blanco); un ganso que, perdonada su vida por un cazador bondadoso, se habría convertido en una princesa, dando después nacimiento al primer kazajo, en quien algunos celebran a Alash, cuyos tres hijos fueron, a su vez, los fundadores de

Pedro Vallejo es el seudónimo de un experto español en las sociedades post-soviéticas.

las tres hordas –aún existentes– Ulu Zhuz, Orta Zhuz y Kichi Zhuz: literalmente el Gran, el Mediano y el Pequeño Centenar, a su vez divididos en clanes y “aúles”. Leyendas, tan bellas como ésta, contrastan con tan pocos conocimientos históricos como nos han llegado. Una reciente obra, publicada al calor de la emergencia de estos países, recoge la idea de que viajeros persas habrían detectado la existencia de este pueblo en el siglo X. Sin embargo, los frailes, como Juan Pian del Cárpine o Guillermo de Rubruc, que condujeron embajadas cristianas a los kanes mongoles en el siglo XIII, atravesando estas comarcas tropezaron con numerosos pueblos –biserminos, naimanos, karakitaos, kirguises, uigures...– pero no con kazajos, por esas tierras inmensas donde no vieron “ni poblado, ni vestigio de edificio alguno”¹. Por eso, nos parece más plausible la idea de que sólo en el siglo XV se desgajaron de los sucesores de Ulug Bek, los uzbekos, para poblar y pastorear la comarca entre los ríos Chu y Talas, y después sobre-pasar amplia-mente esa región.

Étnicamente es un pueblo uralaltaico, emparentado también con mongoles, kirguises –con los que, durante mucho tiempo, se les confundía– karakalpakos y tibetanos, aunque de religión musulmana, sin ninguna tradición fundamentalista, como buen pueblo nómada, incluso con vestigios de prácticas chamanistas, y de lengua y dialectos de raíz turca.

Además de Gengis Kan y Timur –nuestro Tamerlán– la estepa kazaja, como el resto de lo que hoy hemos dado en llamar Asia central, ha visto el dominio ruso en las últimas dos centurias, que han dado su “perfil final” al país que nos ocupa.

Kazajstán y Rusia

Como continuación lógica al interés por Siberia, ya desde el siglo XVI hubo una presencia comercial rusa en la zona, aunque mínima, desde Astrakán. Como era entonces habitual, el kan de la Pequeña Horda o Centenar, Abul Jayr, pidió en 1730 a la emperatriz Ana que lo considerara súbdito suyo a cambio de su protección, ejemplo que siguieron después otros kanes de la Mediana Horda. Esto permitió a los rusos la expansión hasta el Irtish que, al este del país, fluye hacia el Ártico, y la fundación, a orillas del río Ural, de un primer poblado, Orenburg, con privilegios comerciales y fiscales para sus colonos, lo que no impedía que se desarrollasen hostilidades entre rusos y el propio Abul Jayr. Hubo más esfuerzos de resistencia a vínculos de unión permanente entre ambos pueblos, y un ukaz de 1756 que prohibía a los kazajos pastorear entre el Ural y el Volga, en beneficio de baskirios y cosacos, renovó la tensión, llegándose incluso a la participación kazaja en la rebelión campesina de Pugachev.

Los rusos, aun sin estar determinados a establecer su dominio total sobre estas tierras, sí pretendieron la sumisión personal de los kanes, cuya autoridad se encontraba en declive, como medio para conseguir sus objetivos comerciales. Sólo en el siglo XIX el problema de la administración de la estepa adquirió una nueva dimensión: cuando se expandió el comercio,

los rusos encontraron en Persia, India o China mercado para sus productos y la institución del kanato perdió valor.

Mijail Speransky, entonces gobernador general de Siberia, diseñó en 1822 una estructura administrativa nueva que incluía los kazajos de la Pequeña y Mediana Horda, bajo la autoridad de un sultán-administrador y la aristocracia local, actuando los rusos como consejeros y protectores militares. Sin embargo, en 1837 Kenisary Kasimov encabezó una oposición, con el objetivo de restaurar el kanato de la Mediana Horda, que abrazó la región hasta 1847. La mejora del transporte permitió incrementar el comercio, y las caravanas a Asia se multiplicaron bajo la protección militar de los rusos, que se decidieron a construir un cinturón de fuertes, desde Alexandrovsk en la península transcáspica de Manguishlak a Vierni, en el actual emplazamiento de Almatí. En 1864 un exitoso ataque contra el kanato de Kokand, de creciente poder en la región, y la conquista de las ciudades de Turkestán y Chimkent, consolidaban el poder ruso sobre lo que hoy es territorio de Kazajstán, introduciendo definitivamente una “administración rusa imperial” que, siguiendo las recomendaciones de la Comisión de la Estepa, tuviera en cuenta las especificidades de la población autóctona. Así se crearon los departamentos (*oblast*) de Semireche, Syr Darya, Akmolinsk, Semipalátilsk, Uralsk y Turgai.

Un interesante rasgo histórico es el de la “expansión del islam”. Aunque desde el siglo XI los habitantes de la estepa kazaja habían abrazado nominalmente el islam, parece que la aceptación y conocimiento de los preceptos del Corán era superficial, manteniendo elementos animistas, que se acomodaban mejor al contacto del nómada con la naturaleza. Fue precisamente Catalina II, a fines del siglo XVIII, quien, convencida de la lealtad y del ejemplo de los tártaros, creyó que la expansión del islam contribuiría a civilizar y pacificar a las masas, mejor que los misioneros cristianos, y fomentó la conversión mediante la construcción de mezquitas, hasta entonces inexistentes, y escuelas religiosas. Sólo mucho después, cuando notaron que los kazajos seguían siendo inasimilables, se consideró disfuncional y medio para otras influencias exteriores, incluso como vehículo de ideas panturcas.

La conquista vino acompañada de una “colonización” que transfiguró irreversiblemente la región. Aunque entre 1865 y 1895 tan sólo 35.000 colonos vinieron de la Rusia europea, en 1916 los eslavos constituyan el 42 por cien de la población de los cuatro departamentos del norte y eran mayoría en algunos distritos. Se había transformado la estepa de étnicamente homogénea en heterogénea, con la introducción de tres millones de eslavos en una sociedad de menos de cinco millones de kazajos, que además cambiaron su tradicional vida de pastores nómadas por una quasi sedentarización forzada por el cambio del estatuto de la propiedad de la tierra y la limitación de los pastos. Los rusos se especializaban en la agricultura y el comercio; los kazajos, en la ganadería y la artesanía. Pero, también, a principios de siglo, con capital inglés, empezaron a abrirse las primeras minas de carbón y cobre. El Turquestán empezaba a tener una pequeña élite intelectual, con su propia prensa, y hasta un incipiente proletariado.

Exentos del servicio militar, quedaron al principio fuera de los efectos de la guerra con Japón, de la revolución de 1905 y de la Primera Guerra mundial, en la que los kazajos simpatizaban con el Imperio Otomano y su aliado alemán. Un episodio interesante es, sin embargo, el levantamiento del verano de 1916 causado por una orden de alistamiento en brigadas de trabajo de las poblaciones autóctonas del Cáucaso y Turquestán que tuvieran entre 18 y 43 años. La insurrección armada causó numerosas víctimas y emigraciones masivas a China y al desierto. Se ha querido ver en ella un movimiento social precursor de la revolución, un levantamiento campesino tradicional o el rechazo del dominio ruso.

Cuando cayó el zarismo, el compromiso de respetar los principios democráticos y la participación de las minorías nacionales en condiciones de igualdad atrajo a algunos intelectuales kazajos. En cambio, mientras "blancos" y cosacos combatían, al principio con éxito, al Ejército Rojo, los *soviet*s bolcheviques se enfrentaban a los comités de la Horda de Alash, que intentó, y llegó a conseguir, la autonomía. Sólo en la primavera de 1920 pudieron las instituciones comunistas empezar a funcionar en el territorio de Kazajstán. En agosto de ese año se creó la República Socialista Soviética Autónoma de Kirguicia, luego denominada Kazaja.

Las consecuencias económicas de la Primera Guerra mundial y la guerra civil fueron desastrosas al destruir el incipiente mercado interno, de modo que el invierno de 1920 vio la emigración de numerosos pobladores rusos y la muerte por hambre o enfermedad de centenares de miles de personas. En los primeros años del sistema soviético, los habitantes de la estepa kazaja fueron objeto de poca intervención estatal y las estructuras soviéticas se superpusieron a las jerarquías locales, que adoptaron los nuevos títulos. La cooperación fue obtenida gracias a la originaria tendencia de permitir el desarrollo normal de la sociedad rural kazaja, reforzada por las disposiciones de la Nueva Política Económica.

Desde 1925 se reinvertió esta política en favor de la sovietización del "aúl" y la decisión de incrementar la explotación agrícola e industrial de la región. Una cierta, aunque limitada, recuperación económica favoreció estos designios aunque no consiguió la transformación de la estepa. En realidad, la auténtica "colectivización" masiva se inició a instancias de Stalin a partir de 1930. Tres años más tarde, el 70 por cien de la población vivía en granjas colectivas, lo que tuvo efectos espantosos. La cabaña ganadera disminuyó un 80 por cien. El número de vidas humanas perdidas en Kazajstán fue proporcionalmente mayor que en cualquier otra región de la URSS. Algunos intentaron emigrar a China, Uzbekistán, Turkmenistán y Afganistán. El hambre y las malas condiciones asolaron a los demás. La guerra terminó por drenar los recursos humanos de Kazajstán. Al mismo tiempo, se modificó profundamente la vida tradicional kazaja y los que resistían sufrieron duras penas. Las autoridades soviéticas, además, desplazaron a pueblos enteros –tártaros de Crimea, alemanes del Volga, ucranios, inguches...– a tierras de Kazajstán, que, desde 1936, gozaba del estatus de República Federada.

La decisión de Jruschov, a mediados de los años cincuenta, de Doner en explotación las aparentemente infrautilizadas “tierras vírgenes” de Siberia del Sur y Kazajstán afectó, como la colectivización, al desarrollo de Kazajstán, llevándole a una mayor integración de su economía en la Unión. La campaña por una mayor productividad agrícola, con el objetivo de crear la impresión de desarrollo económico del sistema hacia mayores logros, se hizo a costa de los tradicionales pastos, una irrigación masiva pero descontrolada, el abuso de fertilizantes –lo que a la larga ha perjudicado los equilibrios ecológicos– y la importación de nuevas corrientes migratorias. U menos, se consiguió el incremento de la producción de grano, también se intensificó la industrialización, aunque nunca superó la participación del diez por cien en la producción de carbón de la URSS y del cinco por cien en petróleo, energía eléctrica y cobre. Y se escogió Baikonur como centro espacial de primer orden.

La influencia de Dinmujamed Kunaev, buen amigo de Leonid Bréznev y que llegó a ser miembro del Buró Político del Partido Comunista de la Unión Soviética, fue importante porque permitió una mayor participación kazaja en la administración que, sin embargo, siempre quedó bajo el control de Moscú. Su sustitución por un ruso en diciembre de 1986, dispuesta por Gorbachov, que le acusó de corrupción, dio lugar a disturbios en la capital que fueron sofocados por la fuerza.



Los cuatro mitos de Kazajstán

La “independencia” –el primer mito– se produjo sin desearla, mucho menos sin luchar verdaderamente por ella. Aunque existía una conciencia nacional de tipo intelectual, nunca se había dado el paso de pedir la independencia. Aún hoy, sigue siendo una cuestión abierta. Así, el gran poeta Olzhás Suleiménov, quien en los años setenta sufrió represión por su libro *Az i Ia*, que recreaba a, leyenda de Igor desde una perspectiva proturca, aboga hoy, al frente de un movimiento político de oposición moderada, por la confederación con Rusia. También el propio Nazarbaev propone el mantenimiento de mayores lazos con la antigua Unión, aunque compare con la retórica de los sudetes los llamamientos en defensa de la población eslava. Sólo los grupos Azat (Libertad), que ha cuajado en el Partido Nacional Democrático de Kazajstán, y el radical Alash, muy limitado en sus movimientos, defienden un nacionalismo a ultranza. Incluso este último, con la propuesta de expulsión de los rusos, sólo alimenta los temores de los que promueven los intereses de los eslavos, Lad, Edinstvo y los cosacons, algunos de los cuales, por su parte, llegan a defender la separación de los departamentos del Norte.

Un segundo mito con el que se debate Kazajstán es el de su “riqueza económica”, que le hace verse cortejada por un sínfín de delegaciones y

empresas de países occidentales. Es cierto que su subsuelo contiene profusión de minerales y recursos energéticos. Se estima que las reservas de petróleo del yacimiento de Tenguiz se encuentran entre las mayores del mundo. Las cuencas de Karagandá, Ekibastuz y Tenguiz-Kordjunkol siguen produciendo carbón en cantidades importantes. Posee metales preciosos, como oro, con una producción de cien toneladas anuales. Y tiene, también, cobre, zinc, plomo, titanio, wolframio, antimonio, bauxitas... Pero también son importantes sus necesidades, pues la puesta en explotación de estas reservas requiere inversiones tan importantes que pocos están dispuestos a financiarlas y la escasez de divisas impide al Gobierno acometerlas por sí solo. La ayuda internacional suele estar sujeta a condiciones. Aún hoy, a pesar de sus potencialidades, las importaciones de gas natural y electricidad superan a las exportaciones de carbón y petróleo. Además, las infraestructuras son totalmente insuficientes. El carácter de enclave del país hace extremadamente difícil, y costosa, la salida al exterior de esa riqueza y le obliga a llegar, sin mejor alternativa, a un entendimiento con Rusia. Los nacionalistas se quejan de que, para explotar sus riquezas, deberían hipotecar por muchos años el país, hasta que consiga un saldo comercial favorable que permita pagar los bienes de equipo y la tecnología adecuada para su desarrollo. Se recomienda paciencia y esperanza, ya que tomará, sin duda, años.

De hecho, la crisis económica en Kazajstán es total y las perspectivas económicas, al menos a medio plazo, no son nada favorables. Una caída del producto interior bruto del 15 por cien en los últimos dos años, del 40 por cien de la inversión total, una inflación superior al 2.000 por cien anual dan cuenta de la importante recesión del país que, salvo a la minoría cercana a las autoridades políticas y económicas, acecha a toda la población que, según estimaciones independientes, está en los umbrales del nivel de pobreza. No es, por tanto, de extrañar que algunos pongan sus esperanzas en el cultivo de opio, hachís y otras plantas narcóticas, de modo que ya se empieza a hablar, con premonición, del "cártel de Chimkent". La falta de controles fronterizos y la corrupción oficial agrava la situación, pues el país no consigue, con el cobro de impuestos y aranceles, equilibrar el presupuesto. El transporte de mercancías resulta costoso, al estar sometido a un creciente bandidaje, que obliga a los transportistas a ir agrupados y armados.

La política económica se encuentra sin recursos. Tanto que, en julio de 1993, puestos en la disyuntiva de introducir su propia moneda o plegarse a las condiciones impuestas por los gobernantes rusos para la utilización del rublo, se arriesgó a apoyar los acuerdos sobre la nueva zona del rublo y la unión económica entre algunos miembros de la Comunidad de Estados Independientes. Kazajstán fue obligado a introducir la nueva moneda nacional, el "tengue", con un valor, en noviembre de 1993, de 4,75 por dólar. Desde entonces, su valor ha caído tres veces.

La economía kazaja era de las más integradas en la Unión. Al resto de ella enviaba sus materias primas, que recibía transformadas junto con otros productos manufacturados. Por eso, está sufriendo como nadie la

ruptura de vínculos económicos. Los nuevos países siguen siendo sus principales socios comerciales, pues con ellos todavía puede seguir empleando un complicadísimo sistema de trueque que, sin embargo, ha caído en crisis, pues los diversos Estados empiezan a no respaldar las deudas de sus empresas, algunas ya privatizadas. Kazajstán tiene también importantes atrasos en sus pagos y el Banco Central ruso ha dejado, recientemente, de extenderle créditos técnicos. Ello obligará a muchas de las empresas más dependientes de la Unión a cerrar, lo que no dejará de provocar mayores tensiones sociales.

Como en Rusia, la privatización se ha intentado distribuyendo "bonos" entre la población, favoreciendo a los habitantes del campo. Sin embargo, el papel de las empresas públicas, salvo en el incipiente sector comercial y, quizás, en la alimentación, sigue siendo muy importante. La privatización de grandes empresas y de las viviendas está tropezando con enormes dificultades; fuera de la propia capital, es todavía muy limitada. Además, las empresas privatizadas siguen recurriendo masivamente a las subvenciones estatales, agravando el déficit presupuestario.

Otro mito notable es el de la capacidad "nuclear" del país. Es cierto que están desplegados por el país misiles y cabezas nucleares, pero lo cierto es que nunca han tenido poder operativo propio, sino del ejército ruso, auténtico heredero del soviético. Así, la firma en 1992 del Protocolo de Lisboa, la ratificación del START-1 y la adhesión al Tratado de No-Proliferación no son más que constatación de la realidad. La compensación que norteamericanos y rusos están dispuestos a pagar es, precisamente, por no haber puesto impedimentos en reconocerla.

También forma parte de los mitos de Kazajstán el de la pertenencia a la familia de "países democráticos", tras la caída del sistema soviético. Es cierto que éste no va a retornar, pero es pronto para echar las campanas al vuelo. Aunque nominalmente democrático, desde la Constitución de enero de 1993, sus instituciones son herederas del pasado. Hasta su disolución voluntaria en diciembre pasado, el Kenges supremo procedía del antiguo Soviet Supremo elegido en marzo de 1990, con más limitaciones democráticas que, por ejemplo, el Parlamento ruso, y sólo se reunía dos veces al año. El presidente Nazarbaev, que antes lo había sido del Soviet Supremo, se vio confirmado en diciembre de 1991, sin oposición, consiguiendo el 95 por cien de los votos emitidos, y ha estado gobernando con una enorme concentración de poderes.

Occidente viene haciéndose eco de una cierta libertad de prensa, del compromiso privatizador y del esfuerzo de sus dirigentes de atracción de inversiones extranjeras más que del sistema monopolizado y escasamente evolucionado de poder.

No debe extrañar, sin embargo, que los observadores de la CSCE en las elecciones del pasado 7 de marzo pudieran denunciar ciertos abusos. El sistema social tradicional es peculiar. La división en clanes tiene su importancia, y el papel de los ancianos sigue teniendo su ascendencia, en particular sobre las mujeres. Parece lógico, en este medio, que algunos electores, cabezas de familia, quisieran votar por el resto de sus compo-

nentes. La división en hordas, clanes y “aúles” todavía es importante. Algunos, por ejemplo, acusan a la Gran Horda, cuyos representantes han sido Kunaev y, hoy, Nazarbaev, de copar los principales cargos, tal vez por su mayor cercanía geográfica a la capital. En realidad, los colonizadores rusos, y luego los soviéticos, no hicieron más que superponer sus estructuras a las tradicionales. Sería mucho pedir que, de la noche a la mañana, se alcanzasen niveles democráticos occidentales. Además, teniendo en cuenta los muchos equilibrios que se necesitan en esta realidad, el sistema político goza de ciertas peculiaridades. Aparte de ciento treinta y cinco circunscripciones electorales uninominales, el presidente se reservó cuarenta y dos escaños de casi libre designación. No se ha permitido la participación de la oposición radical. Todo ello no quiere decir que no haya sido un paso adelante, sino que todavía queda camino por recorrer.

Kazajstán se encuentra frente a importantes retos para su propia existencia como Estado. Entre las dos mayores potencias euro-asiáticas –Rusia y China– que podrían pretender, llegado el caso, una revisión de fronteras, tiene la linde con el mundo islámico en el interior del propio país. China, que todas las capas de población vislumbran como una amenaza, y que a su vez se ve molesta por el santuario que están encontrando los movimientos separatistas de la provincia de Xinjiang y los promotores, dentro de sus fronteras, del panturquismo, sirve, en todo caso, de elemento aglutinador. No hay que olvidar que, como Mongolia, se trata de un amplísimo espacio, escasamente poblado. Cuando China despierte, Kazajstán comprensiblemente tendrá que volverse a echar en los brazos de Moscú. Tampoco, salvo para una minoría ruidosa, los movimientos islámicos son solución. Si florecieran, sería imposible que no se llegara al desgarramiento de los cristianos eslavos.

La emigración de los rusos no deja de plantear graves problemas. Que buenos profesionales y administradores experimentados, preocupados por la pérdida de su situación privilegiada al favorecerse la promoción social de los kazajos, dejen el país es una importante pérdida. El caso más llamativo es el del primer viceprimer ministro Oleg Soskovets que hoy ocupa cargo similar en el Gobierno ruso y que puede ser caso único en el mundo de un político que haya ocupado un puesto tan importante en dos países sucesivamente. Aunque las cifras de emigración suelen silenciarse, parece que el año pasado abandonaron el país casi doscientas mil personas, sangría que no se ha podido compensar con la llegada de kazajos de Mongolia y otros países limítrofes. La composición heterogénea de su población no deja de ser un factor de riesgo social: la población autóctona no es mayoritaria en su propio país. Resulta también paradójico que en el país se hable más otra lengua, la rusa, que la propiamente oficial. Los rusos son también mayoría en el norte, en las ciudades industriales y en la capital. Los lazos con Rusia son tan estrechos que ya se ha formado una Asociación de Territorios contiguos de Rusia y Kazajstán, con fines primordialmente económicos, pero con un significado político indudable.

Si de un lado progresá la tesis de la confederación, y de otro las ideas euroasiáticas, que en Rusia preconizan intelectuales nacionalistas, cabe

preguntarse en qué punto podrían encontrarse. Seguramente, en una –hasta cierto punto, lógica, necesaria y posible– “íntima alianza” de ambos países. No parece probable que, en las actuales circunstancias, Rusia desee una revisión de los acuerdos que dieron al traste con la URSS. Y permitirá el desarrollo separado de los demás países de la Comunidad de Estados Independientes, siempre que no se atente contra sus intereses, que en Kazajstán están muy ligados a los de la “minoría rusa”.

Notas

¹ Es muy recomendable la lectura del libro de Juan Gil, *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*. Madrid: Alianza Editorial, 1993.